

EN EL CUADRAGÉSIMO AÑO DEL PROGRAMA DE PSICOLOGÍA EN LA UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA

1. Advertencia

No soy historiador ni pretendo serlo. La historia del programa de Psicología no se ha escrito y continúa su curso día a día, desde hace algo más de 40 años. Con base en documentos escritos y archivados, quien lo sea, podrá intentarlo. Del grupo inicial de cinco profesores soy el único que permanece vinculado al programa. Incómodo lugar ser un protagonista y escribir estas líneas con mis pareceres.

2. Lo que puede verificarse

En marzo de 1975 fui contratado como auxiliar de cátedra para servir un curso de Introducción a la Psicología a un grupo de estudiantes de Enfermería. Finalizado el semestre académico, el profesor Joel Otero me invitó a participar en la elaboración de una propuesta para la creación de un programa de investigaciones psicológicas en la Universidad. A su vez, un grupo de profesores liderado por los psicólogos José Luis Cacho y Evelio Franco proponían la creación de un programa de psicología como los que existían en el país.

Luego de un debate duro, conducido por el Vicedecano de la Facultad de Ciencias y Humanidades, quien buscaba mezclar ambas propuestas, los profesores mencionados la retiraron por no ser posible ese acuerdo. Pasó así de la Facultad al Consejo Directivo de la Universidad que creó el programa de Psicología. Quedó adscrito, administrativamente hablando, a la Facultad de Ciencias y Humanidades en el Departamento de Ciencias Sociales, Sección de Investigaciones Psicológicas. El ingeniero químico Carlos Saldarriaga era el decano, y el sociólogo Wilhelm Muri, el jefe del Departamento.

Desde el 1.º de agosto de 1975 fui contratado como profesor de tiempo completo, en período de prueba por un año, y a los pocos días recibimos el grupo de alumnos de primer semestre.

Del programa que inició labores quiero destacar unos aspectos que marcaban diferencia con los que existían en el país, y con el que llevaba unos dos años y medio en la ciudad. Los profesores nos comprometíamos a investigar un tema durante un semestre, y en seguida, con ese insumo, dictaríamos las clases; los alumnos, con la orientación del

profesor, harían lo propio. Al finalizar el semestre académico, este entregaría su escrito y los mejores textos de los estudiantes para ser publicados en la *Revista Investigaciones Psicológicas*, intentando, con ello, cerrar la brecha investigación, docencia y aprendizaje.

El programa de Psicología, tomando al psicoanálisis como referencia teórica, pretendía cuestionar los fundamentos y el ejercicio profesional de la psicología tradicional; su plan de estudios organizado alrededor de 10 cursos de Psicoanálisis, buscaba la interdisciplinariedad con asignaturas de Filosofía, Lingüística, Matemáticas, Antropología, Biología, Literatura y Artes, proponiendo a los alumnos una formación más amplia. Los profesores, como colectivo, seríamos responsables de las labores administrativas de la Sección de Investigaciones Psicológicas.

Esa propuesta de programa, tan atípica, era posible, pues un año antes comenzó en el país la Administración López Michelsen. Los cuatro gobiernos del Frente Nacional habían concluido y el que iniciaba quería para Colombia, "Tíbet de Suramérica", muchos cambios "chamboneando un poco", frases del propio Presidente. En las universidades públicas aires nuevos soplaban; sus rectores y directivas tenían un talante y orientación ideológica afín al Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) del Presidente de la República; creaban programas académicos, ampliaban los cupos para los estudiantes, contrataban muchos profesores apenas graduados o a punto de hacerlo.

Hoy pienso que no fue un proceso bien diseñado ni realizado paso a paso. Creo, más bien, que en la Universidad de Antioquia se hizo con precipitación e improvisación: acá en un año, se realizó lo de los cuatro que dura el Gobierno nacional.

Con la iniciación de labores del programa de Psicología y la llegada de los primeros estudiantes asomaron problemas muy diversos dentro y fuera de la Universidad. Voy a simplificar describiendo algunos.

Buscar profesores que se interesaran y vinieran a trabajar en la realización de la propuesta fue uno de los primeros. Recuerdo, al menos, dos viajes con el profesor Otero; visitamos psicólogos, neurólogos, psiquiatras y psicoanalistas todos ellos muy amables, prestigiosos y receptivos. Ninguno estaba dispuesto a renunciar a Bogotá, donde estaban instalados y vivían bien, para vincularse a una universidad de provincia. En Cali pasó algo similar. Luego, algunos profesionales que regresaban de Europa y buscaban empleo, se animaron a venir en 1976.

Pedir las llamadas "descargas académicas" para investigar por un semestre fue otro y no menor problema; algunas se consiguieron con dificultad. En el Consejo de Facultad pensaban que la investigación científica parte de observaciones, experimentos y simulaciones para recoger información que permite cifras y por medio del análisis estadístico inferir explicaciones y conclusiones. Leer mucho, para escribir después, apenas es una consulta bibliográfica necesaria y no una investigación. Si desde el siglo XIX la psicología, para ser ciencia, dejó atrás su origen en la filosofía de Occidente, ¿para qué los profesores insisten tanto en los presocráticos, en Sócrates y el divino Platón, y en el filósofo? ¿Por qué leer *Las pasiones del alma*? ¡Mejor investigar el alma antioqueña!

Los responsables de un programa con licencia para iniciar labores, deben, con el apoyo institucional de la Universidad, pues suyo es, hacer en Bogotá en el Ministerio de Educación y, especialmente, por delegación en el ICFES, múltiples trámites; reunir información sobre la Universidad y su historia, la Facultad y el Departamento académico; el programa, sus objetivos y estructura curricular, y los programas de cada materia; sus profesores y estudiantes; su biblioteca con la lista de libros y revistas especializadas en psicología y psicoanálisis; su banco de pruebas objetivas y proyectivas y muchos ítems más. Toda la información debía ser llevada y radicada en la Subdirección académica del Instituto, y esperar la visita de los especialistas escogidos, quienes, luego de una labor de varios días, harán los informes y recomendarán conceder o negar la licencia de funcionamiento. Si se otorga, habrá que replicar el proceso después para conseguir o no, la licencia de aprobación del programa que da soporte legal al título de psicólogo expedido por la Universidad.

Ya en 1976 y desde la primera visita de los expertos, la licencia de funcionamiento fue negada una, otra y otra vez por motivos múltiples. En 1984 o 1985 cuando había estudiantes con todos los requisitos para recibir su grado, el programa no tenía licencia de aprobación. El rector de la época, profesor Santiago Peláez, como representante legal de la Universidad, tomó la decisión de graduarlos.

En ese momento negaban la licencia de funcionamiento y ponían en cuestión la propuesta del programa, su orientación teórica, su estructura curricular, la idoneidad de los profesores; los recursos institucionales les parecían insuficientes y hacían un cúmulo de exigencias a la Universidad. Algún experto recomendó cerrarlo.

También influía la discontinuidad en el funcionamiento de la institución por asuntos político-militares desde el comienzo de los años sesenta. Difícil hacer dos semestres

académicos continuos y consecutivos. Asambleas generales, paros indefinidos, pedreas, quema de buses, allanamientos, heridos y muertos, y cierres de la Universidad de Antioquia. Uno duró 18 meses, entre octubre de 1979 hasta el 1.º de abril de 1981. Ese día el panorama era este: la Facultad de Ciencias y Humanidades no existía más y crearon tres para remplazarla. La Facultad de Ciencias Sociales tenía Departamento de Psicología y el Rector, me había nombrado su primer jefe, por un período de dos años. Teníamos matriculados alumnos en 5 o 6 semestres y, como el programa de Psicología no tenía licencia de funcionamiento, el Ministerio de Educación podía ordenar su cierre en cualquier momento.

Había muchos y muy graves asuntos pendientes dentro y fuera de la Universidad. No soy héroe, ni mártir, ni aspiro al honor de los altares, apenas acostumbro a trabajar duro para hacer las tareas. Imposible hacerlas solo. En los tres períodos en que me nombraron jefe del Departamento, me dieron apoyo firme y decidido varios rectores, y decanos de la Facultad de Ciencias Sociales y algunos de otras facultades; muchos de los jefes de otros departamentos en la Facultad y en la Universidad; la mayoría de los profesores del Departamento y algunos importantes profesores de la institución. En general, nuestros alumnos de aquellos primeros semestres que creían y querían el programa en el que hacían su formación básica. Me colaboró, la secretaria del Departamento Marta Lía Restrepo, diligente y comprometida.

Un jefe de departamento no podía ordenar ningún gasto, y estos dependían exclusivamente del Director Administrativo de la Universidad quien decidía. En aquellos años el presupuesto general era muy reducido y el problema del pasivo pensional era mayúsculo. La pobreza de recursos agobiaba a la institución y coincidía con el espíritu del Fundador de la Orden, *Il poverello d' Assisi*: como que esa marca viene de la época de Fray Rafael de la Serna, primer rector, y ¡hasta hoy perdura!

Sé que no es adecuado, en estas anotaciones, mencionar por su nombre a algunas personas pues muchas otras meritorias no aparecerán. Me tomo esta licencia para destacar al señor rector Saúl Mesa, al director académico Gabriel Darío Restrepo y a mi amigo, colaborador y consejero el profesor Francisco Javier Gómez.

Así como dejo en claro el apoyo de tantos, añado las críticas y críticos del programa de Psicología, dentro y fuera de la institución en ese lejano 1975 y subsiguientes. Una propuesta que atípica era en su comienzo, era propuesta; en cambio un dogma como sistema cerrado, completo y perfecto al que nada falta, ni se critica, ni se analiza, ni se discute, se obedece y no más. Hubo críticas duras y ásperas, y matizadas otras, al

programa y a sus agentes en la Universidad; recuerdo que en mi primera jefatura uno de los expertos que recibimos propuso que como yo no era profesor con título de Psicólogo, debía renunciar a la jefatura. Imposible hacerle ajustes, cambios y rectificaciones para enderezar el rumbo y sacar a flote lo que hacía agua y anunciaba naufragio, sin los apoyos y las críticas externas e internas.

En 1989 iba por la mitad de mi tercera jefatura cuando en abril o mayo renuncié. Consideré que muchos de los problemas gruesos estaban resueltos y otros, importantes y puntuales, iban en ese proceso. El programa de Psicología era realidad y algunos profesores podían y querían relevarme. Creo en las carreras de relevos en los cargos administrativos y tuve mi cuarto de hora; que otros recibieran el testigo y continuaran avanzando.

Hoy, después de tantos años y con muy pocos recursos como siempre, el Departamento de Psicología creció en Medellín y en algunas regiones de Antioquia; el programa ya fue acreditado por seis años y está en proceso para reacreditación. De sus graduados que suman miles, muchos continuaron su proceso de formación personal y profesional y son muy reconocidos por su trabajo y aportes en la ciudad, en el país y, algunos, en otros países. Hay diversos programas de postgrado; investigadores con doctorado y maestría hacen su labor en grupos y semilleros; y la especializada *Revista de Psicología, Universidad de Antioquia*, que circula dos veces al año desde hace siete.

Quemé las naves y regresé al trabajo con mis alumnos en el salón de clases. Dos o tres años después de mi renuncia, el Vicerrector general apenas posesionado y amigo mío, me citó para ofrecerme la Decanatura de la Facultad de Ciencias Sociales; le di las gracias y no acepté el cargo. Supongo que se sintió molesto con mi acto, y nuestra relación cordial, de a poco se difuminó.

Con los años fui asumiendo y aprendiendo mi destino como profesor; a mis alumnos trato de transmitirles una o dos palabras mías, fruto de una elaboración personal; y, además, el interés, el amor y la curiosidad por la lectura de muchos temas, abierto y ajeno a la funesta propaganda. Tengo una responsabilidad enorme con ellos, pues no puedo calcular los efectos de lo que hablo; en el acto de hablarles corro riesgos y soy emisor y al mismo tiempo receptor de lo que les cuento. La palabra que circula tiene consecuencias en ellos y en mí. Desde hace muchos años, egresados ya, cuando menos lo esperamos nos encontramos y reconocemos; confieso que no recuerdo muchos de sus nombres. Me sorprenden con su afecto y agradecimiento sincero y espontáneo, y me cuentan

anécdotas que mi engañosa memoria no conserva. De vez en cuando en mis clases, también ocurren sorpresas como esta minúscula que transcribo:

*¡Qué alboroto el de los cucaracheros
en su nido!
¿Volarán por primera vez sus pichones?
Desde el hueco en el techo del salón
alegran mi clase.*

3. Amable sugerencia

Al Señor gobernador y al Consejo Superior de la Universidad de Antioquia, al Señor rector de la Universidad y al Consejo Académico: en esta efeméride y como agradecido reconocimiento de la institución a su programa de Psicología, estudien la posibilidad y la oportunidad de crear la Facultad de Psicología.

4. Algo de mis relaciones con el psicoanálisis

Es 1968, pronto voy a cumplir 18 años y en pocos meses terminaré mi bachillerato en el Colegio San Ignacio. Los últimos 3 los hice en el antiguo claustro del centro. Muchas veces vi este escenario: en la esquina de la calle Ayacucho, el Paraninfo de la Universidad, enseguida la Iglesia de San Ignacio y contiguo el convento de los jesuitas con la enorme añosa ceiba hacia la calle Pichincha, y en la acera del frente, el caserón donde vivió mi bisabuela materna.

Es una tarde calurosa de agosto y me veo entrando a la biblioteca pequeña del segundo piso. Me gusta, unas veces, al terminar las clases, entrar a leer un rato. Busco un libro cualquiera en los anaqueles y, de pronto, veo un volumen con algunos escritos de Freud; lo tomo en mis manos y con la curiosidad que me acompaña, lo hojeo y hallo un tesoro: *El Moisés de Miguel Ángel*. Ese fue el primero que leí de este autor; su lectura me estremeció, y me atrapó la belleza y el poder de su prosa. Fue un encuentro afortunado. No podía saber en esa tarde veraniega qué había ahí, ni mucho menos que el acto de esa lectura prefiguraba un rumbo para mi vida. Me atrajo su interpretación de esa escultura

y cómo su elaborado comentario brota palabra tras palabra. Esa escena pronto se volvió hábito y sigo leyendo a Freud hasta hoy.

Como si tuviera 6 años continúo aprendiendo a leer y escribir, tarea difícil. A mis alumnos les cuento que la letra escrita, forma sofisticada de abstracción pura, nos conecta con la memoria de la especie; la humanidad avanzó desde el lenguaje y el habla de la lengua materna a la invención de la historia. De la narración oral, el mito, a la palabra escrita como poema, cuento, novela. Son la escritura y la lectura unos hitos que pueden retornar en la infancia de cada uno de nosotros. Si leer y escribir son pasión difícil y alegre, la lectura de Freud ha sido para mí fortuna peligrosa, puesto que atrapado quedé ese día en una fascinación imaginaria teñida de idealización, ilusión y entusiasmo. Viví en ese estado por años.

Freud lee, comenta e interpreta esa obra de arte por supuesto, y hay mucho más en esas letras que no son el inexistente psicoanálisis del arte; algo de esa escultura enigmática que tanto le fascina, y que en Roma visita muchas veces, toca su sensibilidad, su espíritu y subjetividad. ¿Acaso la relación con el sagrado y conflictivo reino del Padre? Un Padre es un relato que un paciente construye en una cura psicoanalítica. Freud lo fue haciendo de un extremo a otro de su obra publicada. Cuando años después mi relación con el psicoanálisis cambió de dirección, pude vislumbrar hilos tenues en *La interpretación de los sueños*.

La escultura es una central, junto a otras, en el mausoleo inconcluso del Papa Della Rovere Julio II. El divino Michelangelo toma un tema del Éxodo y lo recrea con una variación. En el texto sagrado la cólera de Moisés, indomable, al ver al pueblo de nuevo en la idolatría, destruye el becerro y las Tablas de la Ley, y por la espada mueren de a miles. La variación del artista, en la interpretación freudiana, consiste en alcanzar el supremo logro psíquico que implica que Moisés, inhiba su acción que, sostenida por la cólera y el deseo de venganza, comienza, para evitar que el objeto sagrado con la Ley escrita caiga al suelo en pedazos. Es no actuar en desmesura empujado por el deseo pulsional, renunciando; un deseo más sublime inhibe al héroe bíblico y es fundamento del logro cultural.

El algo más de su escrito, quizá tenga que ver con algunos sueños de Freud que muestran la relación de cada sueño con el deseo inconsciente que le sirve de fuente, eso infantil cifrado, que, desfigurado, retorna como jeroglífico, y que la interpretación descifra. Si algo puede saberse del deseo inconsciente y la mezcla pulsional con las fantasías de deseo y el objeto, anudados todos en la subjetividad, es porque hay palabras que lo

representan por alusión. Lo real de lo inconsciente irrumpe y se impone: acto inconsciente, lo inconsciente en acto, sueño. Cuatro sueños cuyo tema es ir a Roma, el sueño de las tres parcas y el del Conde Thun son suficientes sin ser los únicos. Del tejido de palabras en que consiste la interpretación de un sueño por el soñante, hay que destacar aquellas en las que el deseo está enredado. Voy a indicar unas cuantas que me interesan para mostrar ese algo más.

El viaje: la inhibición para viajar a Roma, que años después será lo contrario, meses antes de escribir su interpretación de esa escultura; el regreso de un viaje cansado y hambriento; el viaje de vacaciones. Si no puede ir a Roma la sueña; el deseo es inhibido con palabras de regaño y sentencia de Freud padre. Un viaje puede ser un acontecimiento en la vida del viajero: quien regresa, en su psiquismo, no es igual al que partió. Además, puede ser el último, a lo desconocido radical y sin regreso: la muerte.

Los cuatro sueños también apuntan a la oposición héroe y cobarde. Hacia los diez años, el muchacho escucha el amargo relato teñido de antisemitismo que su padre le narra: un sábado, día sagrado que Jakob celebra y respeta, camino a la sinagoga va estrenando la kipá. De pronto, es agredido por un cristiano que de un manotazo le tumba el gorro ceremonial al pantano y le grita "Perro judío, bájate de la acera"; y ¿tú qué hiciste? pregunta el muchacho; "Me bajé a la calle y recogí el gorro". A los ojos del muchacho, con esas palabras, el padre, ídolo imaginario, se desploma en añicos; a cambio aparece la identificación infantil, imaginaria y simbólica con los héroes. Moisés, el primero y el más importante, hecho palabra y letra en los libros fundadores y fundacionales de Israel: la *Torah*, enseñanza y ley. En ellos el pequeño aprendió a leer, y a ellos vuelve un poco antes de su muerte. Basta preguntar, ¿Jakob Freud, padre, fue cobarde? La imagen cambia y a los ojos de Freud hijo, próximo a la vejez cuando escribe su artículo, el padre, cual Moisés, alcanza ese supremo logro psíquico que sustituye la acción furiosa, por inhibición, calma, prudencia y sabiduría. ¡El deseo sublime triunfa sobre el atroz! Sin esta regulación del deseo pulsional, sin esta renuncia, la cultura es imposible.

Tres representaciones en esas tres Parcas: la Madre que da a luz, que amamanta y que da la lengua, que no en vano es la materna, que pesa y determina; la Madre, objeto anímico prohibido por la función del Padre. La Mujer, objeto deseado, amado y odiado, que anuda sexo y goce. La Madre Tierra a cuyo seno materno regresan muertos los hijos de la Tierra. El misterio de la vida, la sexualidad, la muerte y la lengua. Y, además, en ese sueño el conflicto infantil con el nombre del Padre, el nombre que el padre da a su hijo como adopción, reconocimiento y aceptación, y que asigna un lugar en la historia del linaje familiar. Freud publicó en la revista *Imago*, sin poner su nombre de autor, "El

Moisés de Miguel Ángel", acto enigmático en una época en que conocido y reconocido se había hecho a un nombre no sin antes cambiárselo. Sigismund Shelomoh Freud se torna Sigmund Freud. Por elisión de is, Sigmund; por abolición de Shelomoh, nombre del abuelo paterno muerto un poco antes del nacimiento del futuro inventor del psicoanálisis y descubridor de lo inconsciente; Freud, apellido que sus antepasados recibieron del Emperador, imago paterna, como condición necesaria para vivir en el Imperio Austrohúngaro, no puede ser cambiado. Freud, palabra alemana polisémica que va desde alegría, mujer alegre o puta, hasta putaísmo. A eso alude con los "chistecitos idiotas" con que lo atormentaban los niños, crueles compañeritos del Gimnasio. Algo de repetición de ese drama subjetivo puede haber en el olvido del apellido Signorelli.

Del viaje de vacaciones destaco al Conde Thun, funcionario y político del Imperio, con el que Sigmund querella y se burla en la fantasía de deseo que todo sueño implica. Enfatizo el tema del conflicto infantil con Jakob, su padre. La base de tal conflicto es la sexualidad infantil, la excitación, la masturbación y la enuresis. Freud, como muchos niños neuróticos, quiso apagar el fuego del deseo pulsional con su chorro de orina y por años lo hizo en la cama. ¿Qué soñaría? El padre se lo reprocha y el hijo le responde que en un pueblo cercano, y es promesa, le comprará una linda cama roja y nueva. El reproche del padre no es suficiente y una noche, Sigismund, antes de irse a la cama se orina frente a los padres. Jakob con su palabra le da una reprimenda-sentencia: "Este chico no llegará a nada". El hijo, con su obra, la clínica psicoanalítica y sus escritos, y no sin culpa, irá más allá del padre y sus palabras. Basta con leer la carta que Freud, a los 80 años y como regalo de cumpleaños, le escribe a su amigo artista Romain Rolland quien cumple 70.

En sus escritos, Freud no deja de insistir en el paso renuncia del orden de la Madre, sensible, sensual, hecho indiscutible de la experiencia inmediata, al orden sagrado del Padre, contencioso, enigmático, abstracción pura que siempre hay que probar. Bastaba, tiempos ha, con la palabra de reconocimiento de la mujer, madre, al hombre, padre de sus hijos. Ese pasaje es posible por la palabra y el acto del Padre real, representante de la cultura y agente de la castración simbólica que regula el deseo de la Madre y el del Niño: la interdicción del incesto. En las asociaciones finales del sueño aparece el padre, que ve poco, enfermo y desvalido, a quien el hijo por piedad filial le arrima la bacinilla para que orine.

Decía que atrapado quedé en la fascinación imaginaria teñida de idealización que me produjo su comentario sobre esa escultura. Por muchos años, alumno ya en la Universidad de Antioquia, leía con frecuencia en la Biblioteca Central, las obras de

Freud. Así paliaba un poco la crisis espiritual en la que vivía. Adolescente desorientado e ingenuo, tan confundido estaba que creía que el psicoanálisis era asunto de leer libros, y que para ser psicoanalista era suficiente con leer a Freud y practicar el "autoanálisis" que recomendaba en su *Ópera Magna: La interpretación de los sueños*. Sobre todo, y por eso, acepté la invitación de 1975.

En 1980 comencé mi primer tramo de análisis con un psicoanalista en Medellín. Me preparaba para ser padre y mi hijo mayor, Nicolás, nació en enero del 81, y mi segundo hijo, Alejandro, nació en febrero del 82. Muy temprano murió mi papá en un accidente viniendo de la casa de El Hatillo. Era yo un adolescente al borde de cumplir 15 años y el mayor de los hijos de una familia de 6. A cada uno de nosotros esa desgracia nos marcó, y muy hondo. Necesitaba elaborar y resolver algo de la fatalidad imprevista, en ese primer tramo de tratamiento psicoanalítico. Paciente, papá y jefe del departamento son funciones que asumí.

El psicoanálisis es un invento de Freud para tratar a un paciente neurótico, y un descubrimiento, el de lo inconsciente, anudado y tejido en palabras y letras de la lengua materna. La clínica es una voz que nos llega del griego y que alude al acto y al arte de acompañar a un enfermo acostado en su lecho. En la clínica psicoanalítica, el paciente recostado en el diván, y con el psicoanalista por fuera de su campo visual para enfatizar el acto simbólico de producción de su discurso, habla y habla sin pensar críticamente lo que dice, siente, recuerda, fantasea. Surge así la transferencia, engendrada por su palabra, que al comienzo se dirige a quien se supone que sabe, y que además, sabe escuchar atento y sin juzgar.

Una transferencia producida por la experiencia del análisis, luego se dirige a lo inconsciente como saber reprimido y desalojado del sistema percepción-conciencia. La transferencia hace nudo entre un psicoanalista y un paciente que ocupan posiciones subjetivas dispares y asumen funciones muy distintas. En ese nudo transferencial se revela lo real de lo inconsciente como dicho que sorprende e ilumina, las fantasías de deseo mezcladas con la pulsión, el objeto anímico que implica falta y diferencia, y nace el sujeto del inconsciente engendrado en el discurso, que algo sabe de su ser y determinaciones, y de la verdad que lo habita. No necesariamente, saber y verdad marchan acompasados.

Sin lenguaje, palabra y habla singular de la lengua materna, es imposible una cura como experiencia viva. Diván es una palabra árabe que significa poemario, libro de poemas, y Freud bien lo sabía por Goethe. El protagonista de una cura, el analizante recostado en

el diván, va diciendo y escribiendo para reconocerse, el libro de poemas que determina su vida espiritual, su cuerpo deseante y sufriente, y va desenredando su deseo atrapado al comprometerse con su palabra vivificadora.

La intervención de un psicoanalista, su acto-palabra, su palabra en acto es la interpretación que sorprende y crea, y produce cambios y ajustes pequeños en la vida espiritual del analizante, y del mismo analista. La intervención no se hace desde la indagación teórica. Un analista se olvida de la literatura psicoanalítica, de los libros que ha leído y del que ya escribió sobre sí mismo y, atento, se deja sorprender cuando por la palabra ingeniosa y creativa la liebre salta, si es capaz de escuchar desde ese lugar y asumir su función en una cura. La palabra que vivifica y libera de las ataduras de la represión, permite también que la verdad de la subjetividad aparezca no sin algún velo y de nuevo se oculte. Por horrorosa y dolorosa que sea, luego de ser reconocida, elaborada y asumida, nos apacigua, serena y reconcilia con la vida. Es mejor saberla un tanto, que ir por el valle de lágrimas, de tumbo en tumbo, en medio de la queja y el sufrimiento, ignorantes. Atreverse a saber de eso que ignoramos que sabemos y en lo que no queremos pensar, es lema de una cura. Esta, como todo lo humano principia y finaliza cuando algo pasa, nos atraviesa y lo dejamos pasar. Cuando aceptamos un punto incurable en la condición humana, y nuestros límites y limitaciones.

La clínica, como experiencia hecha y vivida, se puede pensar luego de lo que pasa. No se piensa la totalidad de la experiencia, es imposible; se piensa lo puntual, ciertos detalles, hitos, la nueva dirección del espíritu y la vida, en un intento teórico y de formalización. Los libros escritos por los psicoanalistas apuntan a trabajar conceptos, a depurarlos y enriquecerlos, a mirar desde otra perspectiva un problema, pues la clínica psicoanalítica sin teoría es ciega, y la teoría sin fundamento clínico es delirante. Proceso que va de la clínica, pasando por el libro de poemas en el que se historiza una subjetividad, a la escritura de libros, artículos, y de vuelta a la clínica, alfa y omega de la obra que Freud forjó y nombró psicoanálisis, tarea en la que consumió su vida y por la que lo leemos y recordamos.

Leerlo no es un psicoanálisis, ya lo dije, ni menos aún un "autoanálisis", necesidad imposible, que no existe, ya lo apunté. Cuando él escribía, y de qué clásica manera lo hacía, dejó como testimonio huellas de su subjetividad y de la de algunos de sus pacientes o clientes.

Un análisis es como un viaje, por ejemplo uno al Amazonas para sortear los riesgos de navegar por el río, soportar el agobio del calor húmedo en el día y la intensidad del frío

al amanecer, ver los delfines rosados, pescar pirañas o bagres grandes, hablar con algunos indígenas huitoto, yaguas o tikuna, escuchar a los chamanes narrar sus mitos sin comienzo ni fin, saborear los insípidos frutos de la selva. Ver un programa de Discovery o de National Geographic, muy bien realizado, es sombra pálida, simulacro y apariencia hecha imagen. No podemos confundir la palabra viva que se teje en la clínica psicoanalítica con la lectura de los libros que nos atrapan, emocionan y conmueven.

Desde hace ya 30 años recibo en mi consultorio particular a quienes se atreven, arriesgan y comprometen con su palabra viva en la apuesta para que algo pase, nos sorprenda, produzca pequeños cambios de rumbo en su subjetividad y vida. Por ser paciente, porque trabajo con otros, porque leo y estudio y algo pienso y logro decir, porque algo puedo ceder a otros colegas, me comprometí con la vocación, el oficio diario y el riesgo de ser analista en las cuatro paredes de un consultorio. Creo que eso me permite ahora tener un lugar en el salón de clase, para contar a mis alumnos algo de mi elaboración personal. Era imposible para mí decirlo cuando empecé como profesor. Hablar de estos temas hoy, es un acto mío, es dar un testimonio de una historia subjetiva que, sin saberlo ni esperarlo, un día cualquiera, la azarosa vida, en feliz encuentro, me puso por delante.

Y, 5. Coda

Añado ahora un escrito que hace años se me ocurrió.

¡Sin título!

Estoy aquí ante ustedes asombrado y curioso. ¿Qué me asombra y desata mi curiosidad? Lo contingente mezclado con el azar. No es algo de inmediato evidente; al contrario. Voy a intentar decirlo.

Me ocurrió poco ha, dos, tres semanas a lo sumo. Un día finalizando la mañana, me topé con alguien que me buscaba. Me contó que pronto se conmemorarían los 50 años de la existencia institucional de la psicología en Colombia, los de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional en Bogotá. Añadió que me invitaba a participar en conferencias que profesores del Departamento de Psicología en la Universidad de Antioquia, harían en el cincuentenario. Había una presuposición que me concernía, la de hablarles hoy. ¡Acepté!

Cuando emitimos un llamado al otro, semejante y próximo, esperamos su respuesta; pensé que sería un reconocimiento a los que nos antecieron, profesores que no conocí. Es posible reconocerlos, y admitir que vamos recorriendo nuestro camino de otra manera y con otra brújula. Han pasado varias generaciones y de algún modo nos inscribimos en una serie. Quienes sean ellos merecen gratitud. Tanto en las instituciones donde laboramos como en la vida de cada uno, hay días distintos a los demás, con mayor peso simbólico, y hoy es uno de esos. Este aniversario que no pasa en silencio es mi homenaje a los pioneros.

Acepté, dije antes. Apareció el deseo de hablarles. Busco las palabras y espero encontrarlas para decirlas hoy aquí. Si logro plasmar un flujo consistente, la conferencia tornará en hallazgo la azarosa contingencia. En esa brega estuve varios días buscando palabras de uso común para exponerme hoy ante ustedes.

Días después, quien me invitó me preguntó por el título de esta conferencia; trataba de organizar para su difusión el programa del ciclo. Como es costumbre nombrar las conferencias, le respondí al instante: "¡Sin título!". Hay exposiciones y esta es una de ellas, en las que algunas obras aparecen sin título. He ahí el enigma que me asombra y me sorprende. ¿Qué quería decirle con esas palabras? ¿Hacerle acaso una broma? En broma y sin darnos cuenta, decimos con agudeza verdades que nos conciernen. Como broma una verdad subjetiva, por días me embromó. Sin darme cuenta de lo que quiere decir hablar a otro, dije palabras y no calculé *a priori* sus efectos. Al hablar, las palabras emitidas retornan como enigma; luego algo vislumbré del peso que tenían, de su dirección, y de cómo me determinan y representan en ese momento. Una verdad de mi subjetividad me atropelló sin percatarme; ocurrió en mi dicho "¡Sin título!". Algo del Otro habló en mí. Con el paso de los días comprendí un poco y voy a intentar su epifanía con ustedes como testigos.

¿De dónde viene la costumbre de ponerle título a una conferencia, a una obra expuesta, a un escrito? ¿Por qué un título? ¿Cuál su sentido y trayectoria? Un título son palabras que prefiguran el asunto sobre el que queremos hablar o escribir; por lo general se pone al terminar de escribir, o al finalizar la imagen hecha obra. Mi problema desde el día en que me invitaron era no tener un tema claro para decirlas hoy. Busqué y rebusqué sin que pudiera precisarlo. Incómoda situación la mía. Como inocente disculpa le manifesté a mi invitante mi anhelo de hacer una conferencia poco sistemática, hablarles algo de un problema que me interesara. ¿Cuál? El lenguaje y las palabras, el habla, sin darme cuenta de que el tema se circunscribía en ese "¡Sin título!". Ya estaba dicho y atravesado.

Puedo suponer que el lenguaje, la palabra, el habla de la lengua materna, las representaciones y la razón, piezas esenciales son del rompecabezas humano. Ese universo misterioso y simbólico en que habitamos y que nos habita, es pacto, nos acoge y de maneras diversas determina nuestra subjetividad, ya era cuando nacimos, y nos humaniza: es el lenguaje y posibilita la cultura y la vida con otros; en palabras con funciones muy variadas articulado está. La palabra-sonido hablada como voz que el aire transporta y el viento lleva, podemos escucharla, grabarla y reproducirla. La palabra-letra, material y abstracta, hecha texto, escrita, evoca y convoca la imaginación, la fantasía y el deseo. La palabra-sentido, que lo porta y brota como espejismo polisémico de las relaciones entre ellas, sorprende y confunde nuestros sentidos; en los juegos de palabras se desdobra y desgaja por asociaciones, omisiones, alusiones, condensaciones, en fin, creaciones. Las palabras implican selección y combinación de sonidos y silencios y se diferencian del ruido. A veces el humano parloteo es molesto ruido. La palabra-representación y la palabra-poética convocan lo ausente y lo recrean, ponen imágenes ante nuestros ojos y espíritu, descubren y proyectan un mundo nuevo; son veraces y mienten, seducen, acarician y conquistan, reconfortan, calman, retan, ofenden, hieren y destruyen... Con el lenguaje, articulado en palabras, y la voz hacemos relato y discurso, los somos y padecemos. Forman, con la razón y el pensamiento, nudos y enredan nuestro deseo. Nudos poderosos con los cuales nos representamos el mundo y nuestro mundo espiritual y subjetivo. Nudos, fuente sagrada de la que surgen nuestro bien y nuestro mal; nudos, reinos del claroscuro, luz y tinieblas. Nudos con los que los humanos, limitados simulacros de dioses pequeños, hacemos lo mejor y lo peor, descubrimos nuestros límites y limitaciones, tope y posibilidad. Por fin reconocemos que el tesoro del lenguaje y las palabras son finitos; como algo falta no podemos decirlo ni saberlo todo, nos dejan en el umbral de lo que no podemos conocer, más allá principia lo inefable, reino de la sombra sin representación posible: la muerte, la vida y la sexualidad, lo sagrado misterioso.

Decir como título de esta conferencia "¡Sin título!" fue un acto inconsciente; una verdad subjetiva que me concierne se hizo presente en ese dicho. "¡Sin título!" significativa que me representa y sujeta y me sostiene al hablar sin calcular lo que decía ni saberlo en lo consciente. ¿Qué dije con el dicho-broma narrado? De súbito, cual iluminación, cuando un mañana trotando y sin pensar, se me ocurrió. En parte soy así, sujeto sin título académico en Psicología, y profesor titular del programa de Psicología al que me invitaron a fundar 22 años atrás. Y en ese dicho, "¡Sin título!", estaba contenida y resuelta la conferencia que no sabía cómo decir en esta efeméride. Al descifrar ese

enigma cedió la incomodidad mía, y ahora el asombro y la curiosidad pasan a poder contarlos ante ustedes en esta fecha.

"¡Sin título!", eso inconsciente, el acto en que retorna como enigma subjetivo una verdad, me concierne. Algo en mí pudo reconocer lo dicho; escena otra en la cual el deseo inconsciente asoma como chispazo discontinuo, como tropiezo que me sorprendió. ¿Dónde ubicarlo? Quise mostrarlo, ni más acá ni más allá del lenguaje articulado en palabras, primero habladas como dicho, y luego escritas, que tienen un lugar en mi vida espiritual. Ahí estaba eso que advino como sujeto al dicho, y que a veces, podemos escucharlo en el lenguaje y las palabras habladas de la lengua materna. Ciertamente es que cada uno de nosotros se relaciona con ese nudo lenguaje-palabras-habla-de-la-lengua-materna de una manera singular, por ahí pasa el estilo que nos caracteriza.

Tan breve como el dicho resultó mi conferencia hoy. No tuve fortuna para decirles más y es inútil insistir. Dar cuenta de un acto y bordear algo del asombro y del vacío que me permitió decirlo como texto, fue mi aporte a esta celebración.

Julián Aguilar.

5-8-2015, y 24-11-1997.